

# HISTORIOGRAFIA CHILENA Y POSITIVISMO. 1840-1980.

*Manuel Bastias Saavedra  
Licenciado en Historia  
Universidad de Chile*

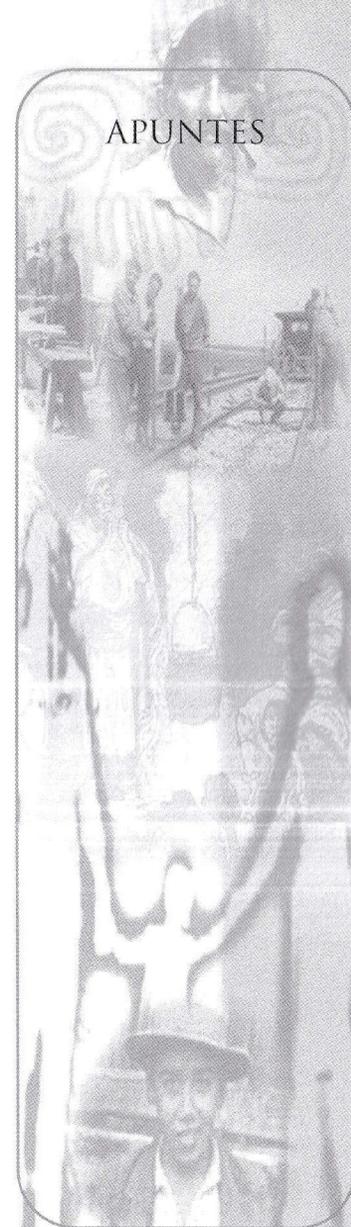
## RESUMEN

*En el ensayo que se presenta a continuación se propone una revisión epistemológica de la historiografía chilena. Se intenta discutir las categorías de sistema narrativo y sistema explicativo con las que se han planteado las discusiones centrales en torno a la historiografía hasta el momento, de modo que se pueda pensar en otros términos la problemática relación entre historiografía y positivismo.*

## INTRODUCCIÓN

Hacia la década de 1960 se producían en Europa y Estados Unidos algunas de las más interesantes reflexiones epistemológicas destinadas a desbancar el sitio del positivismo. Imre Lakatos, Thomas Kuhn y Paul Feyerabend realizaron el viraje fundamental en la epistemología llevando el análisis más allá de la teoría del conocimiento, hacia la historia de las ciencias<sup>1</sup>. Este grupo de filósofos había utilizado con éxito la historiografía para solucionar un problema esencial en lo que se refiere a la relación entre seres humanos y conocimiento, y en el develamiento de los supuestos sobre los que descansa nuestra comprensión de la ciencia. Quiero proponer una exposición en este mismo sentido pero referido a la historiografía chilena. Si la historiografía se convirtió en un método para encontrar respuesta a ciertas preguntas epistemológicas fundamentales, ¿por qué no podemos recurrir a la historiografía para responder la máxima de las inquietudes de la misma historiografía, a saber, su relación (al parecer) intrínseca con el positivismo?

La historiografía chilena ha tendido a considerar el positivismo como una cuestión del siglo pasado. Se ha situado a los historiadores liberales del siglo XIX como sus máximos exponentes y a Barros Arana como su más perfecta expresión. De manera similar a lo que ocurría en Europa, las diversas corrientes historiográficas chilenas del siglo XX intentaron romper con esa tradición positivista recurriendo a los métodos de las ciencias sociales. La ruptura pretendida por la mayor parte de estos historiadores se planteó en los términos de una distinción en la forma en que se debía escribir la historia. Si en el siglo XIX se prefirió el relato cronológico apegado al hecho singular, la historiografía del siglo XX se inclinó por enlazar esos hechos en relatos que se centraban en los procesos históricos. Así, al mirar hacia atrás, estos historiadores veían a sus predecesores como pertenecientes a la tradición positiva de aproximación a la realidad. El presente ensayo pretende poner de manifiesto algunos problemas esenciales en la reflexión epistemológica de la historiografía chilena. Desde los inicios de la historiografía chilena en 1840 hasta la



década de 1980 ha primado una concepción epistemológica centrada en el positivismo.

En lo que sigue, se intentará demostrar que, contrariamente a lo que han pensado los historiadores del siglo XX, los intentos de superación del positivismo realizados en la década de 1930 por la mayoría de los historiadores chilenos no fueron sino una profundización del mismo. Sugiero que la relación que a menudo se establece entre historiografía y positivismo es una relación acertada, sin embargo lo es por un desenvolvimiento histórico de la disciplina y no por condiciones que son propias ni a la historiografía, ni al conocimiento en cuanto tal. Con esto quiero dejar establecido que el positivismo es un paradigma que es posible superar aunque no sin ciertas dificultades.

Antes de comenzar, es preciso establecer algunos alcances. En primer lugar, se intentará realizar una revisión sinóptica que revele la presencia del positivismo en la historiografía chilena mediante una revisión histórica de las distintas propuestas metodológicas planteadas por diversos historiadores chilenos a lo largo de los últimos ciento cincuenta años. El objetivo fundamental será distinguir claramente los elementos positivistas que se manifiestan velados por el desarrollo de la metodología en el siglo XX, por lo que no podremos en este lugar ahondar demasiado en las posibles alternativas. En segundo lugar, la revisión propuesta será sinóptica y servirá simplemente para ilustrar las tendencias en la reflexión metodológica de la historiografía. En tercer lugar, lo que voy a entender por positivismo se diferencia un tanto de la definición comptiana tradicional. De la misma forma se diferencia de la concepción (ingenua) de positivismo que sólo se refiere a una relación y un lenguaje que gira en torno a los hechos y la verdad. Mi idea es revisar la actual comprensión de las ciencias como una esfera de acción aislada de lo que constituyen los intereses vitales del ser humano. Este aislamiento en la actividad indagativa, llevada adelante por las distintas ciencias, ha provocado una situación en que el conocimiento, los métodos y la racionalidad quedan desvinculados de otros ámbitos distintos de aquellos que le son propios a la ciencia en particular. Atendiendo a esto último, usaré indistintamente los términos positivismo y científicismo.

### LA DISCUSIÓN METODOLÓGICA EN LOS ORÍGENES DE LA HISTORIOGRAFÍA CHILENA.

Los historiadores chilenos concuerdan en señalar a Claudio Gay como el iniciador de los estudios históricos en Chile.<sup>2</sup> A comienzos de la década de 1840, Claudio Gay estaba en proceso de completar su *Historia Física y Política de Chile*. En el *Prospecto* de la obra, aparecido el año 1841 en “El Araucano”, expuso su análisis de la situación de los estudios históricos en Chile. Su conclusión es que la historiografía chilena se encuentra en una situación precaria, existiendo estudios parciales que sólo abarcan una fracción muy remota de la historia chilena:

“Esta gran laguna nos ha sugerido la idea de añadir a nuestras publicaciones de Historia Natural y Geografía, una Historia Civil y Política de Chile, que comenzando por la entrada de los españoles llevase la narración

hasta el fin de las guerras de la independencia, empresa sin duda difícil y aún delicada, sobre todo para un individuo cuyos estudios no habían salido jamás del círculo científico. De aquí es que al tomar sobre mí este nuevo empeño no tengo más pretensiones que la de recoger materiales para entregarlos al verdadero historiógrafo, digno de llenar esta honrosa misión.”<sup>3</sup>

Lo que le interesaba a Gay era dar los primeros pasos en el sentido que debían proseguir los futuros historiadores. Con estas líneas explica la importancia de su obra, llenar esa “gran laguna” en la historia chilena, aunque no queda claro por qué el procedimiento que adopta es el adecuado. ¿Es correcto pensar, dado que la literatura histórica sólo trabajó la historia chilena hasta mediados del siglo XVII, que la recopilación es el método adecuado para suplir esas insuficiencias?

Por esa época comenzaba a surgir la discusión sobre el sistema adecuado para trabajar la historia. Los sistemas en conflicto eran el sistema narrativo y el sistema explicativo o filosófico. La obra de Gay fue considerada como perteneciente al primer sistema, criticada y tratada como una mera crónica, al carecer de alguna teoría general sobre la historia. Gay comentó las críticas formuladas al primer volumen de su *Historia Física y Política*<sup>4</sup> en una carta a Manuel Montt del 7 de septiembre de 1845. Aquí se refirió en mayor profundidad a la situación de la historiografía en Chile.

“Hasta el presente los hechos no han sido ni discutidos ni comentados; se han adoptado de buena fe y sin crítica los resúmenes históricos que, copiándose unos a otros, se han sucedido hasta nuestros días. ¿Y sobre esta especie de materiales se querría escribir una historia de Chile, según los preceptos de la escuela filosófica moderna? Yo no sé si me engaño; pero creo que esta especie de trabajos, aunque siempre útiles, no pueden en el estado actual de nuestros conocimientos acerca de la historia de ese país, formar parte de una obra seria.”<sup>5</sup>

La postura de Gay no se basaba en otra cosa que en el análisis de la situación concreta en que se encontraba la investigación histórica en Chile. Él, un hombre proveniente de las ciencias naturales, es quien asumió la tarea de iniciar la investigación sistemática del pasado. Su evaluación de los estudios históricos ponía énfasis en la recopilación y tasación de los documentos de modo que se pudiera tener alguna base sobre la cual construir la historia de Chile. Su adhesión al sistema narrativo se sustentaba en una cuestión de coherencia. Dada la débil exploración de los archivos y el casi absoluto desconocimiento de los documentos históricos disponibles, era impensable para él comenzar a trabajar la historia chilena en base a sistemas filosóficos o marcos interpretativos. Aproximar la reconstrucción histórica en éstos términos “*sería querer comenzar por donde debe acabarse.*”<sup>6</sup>

Andrés Bello fue el mayor defensor de la obra de Gay y del sistema narrativo. Desde las páginas de “El Araucano” comentó, respondió y emplazó a los defensores del sistema filosófico. Partiendo de las mismas premisas de Gay, Bello consideraba que el estado de precariedad de los estudios históricos en Chile no favorecían la utilización



de un sistema explicativo; ¿cómo iba el historiador a enlazar los hechos conforme a un sistema filosófico si aún no se conocían esos hechos? Más aún, “¿Para qué añadir, a tantos peligros que corre la verdad en manos del historiador por las afecciones de que le es imposible despojarse, una nueva causa de ilusión y de error?”<sup>7</sup>

La discusión en torno al sistema narrativo y el sistema explicativo en la historia, sostenida a mediados del siglo XIX entre Jacinto Chacón y Andrés Bello, iba a ser determinante para el futuro de la historiografía chilena.<sup>8</sup> Jacinto Chacón salió a la defensa del método historiográfico sostenido por José Victorino Lastarria, quien en dos memorias históricas<sup>9</sup> premiadas por la Universidad de Chile había intentado presentar la historia de Chile desde una perspectiva explicativa. Ambas fueron bien recibidas por la comisión y por Bello. A pesar de ello, la comisión, compuesta por Antonio Varas y Antonio García Reyes, no se abstuvo de emitir su juicio sobre el método empleado por Lastarria: “La Comisión se siente inclinada a desear que se emprendan, ante todo, trabajos destinados principalmente a poner en claro los hechos; la teoría que ilustra esos hechos vendrá en seguida andando con paso firme sobre un terreno desconocido.”<sup>10</sup>

Fue Chacón quien salió al paso de los comentarios de la comisión alegando que por su talento Lastarria no podía rebajarse a “poner en claro los hechos, a ser un mero cronista”, sino que su genio lo impulsaba, por el contrario, a “examinar el corazón de los hechos.”<sup>11</sup> Lastarria guardó un prudente silencio durante casi cuatro décadas. No fue sino hasta 1885 que se refirió a la discusión de Bello y Chacón en sus *Recuerdos Literarios*. Las razones por las cuales Lastarria decidió no responder a Bello en la década de 1840 son desconocidas. Lo que queda claro es que el silencio de Lastarria llevó a su sistema a claudicar frente a los vigorosos argumentos de Bello, quien terminó por desterrar el sistema explicativo. Ambos sistemas pueden ser buenos, sin embargo Bello no se regía por cuestiones de gusto, sino por el simple hecho de que un sistema debía dar el sustento necesario al segundo:

*“No se trata pues de saber si el método ad probandum, como lo llama el señor Chacón, es bueno o malo en sí mismo; ni sobre si el método ad narrandum, absolutamente hablando, es preferible al otro: se trata de saber si el método ad probandum [...] es oportuno relativamente al estado actual de la historia de Chile independiente, que está por escribir [...] Cada uno de los métodos tiene su lugar; cada uno es bueno a su tiempo [...] La cuestión es puramente de orden, de conveniencia relativa [...] Pero, cuando la historia de un país no existe, sino en documentos incompletos, esparcidos en tradiciones vagas, que es preciso compulsar y juzgar, el método narrativo es obligado.”<sup>12</sup>*

La intervención de Bello garantizó la continuación de la historia narrativa a lo largo del siglo XIX, por lo que la historia de la historiografía chilena comienza forzosamente con la fundación de la Universidad de Chile. Ésta llevará, de ahí en adelante, la vanguardia en la investigación histórica donde imperaría sin contrapeso la influencia metodológica de Gay y de Bello. El amparo de la Universidad llevó al sistema narrativo a ser el predominante en la investigación histórica, siendo la erudición la máxima expresión del ideal de rigurosidad. Las consecuencias de esto será la concentración de los historiadores en la filología y la crítica de documentos.

Francisco Antonio Encina ha puesto en duda la influencia de Bello en la historiografía chilena.

*“La repetición gregaria ha impuesto la creencia de que la escuela histórica chilena que predominó en el siglo XIX, arranca de las sugerencias de Bello.” Sus razones son que Bello no fue historiador y que su cerebro “y el de sus discípulos funcionaban en planos distintos.”<sup>13</sup>*

Las razones para pensar lo contrario son bastantes. Baste señalar que el más grande de los historiadores del siglo XIX, Diego Barros Arana, se consideró el más alto exponente del sistema narrativo. En el Prologo de su *Historia General de la Independencia de Chile*, escribió lo siguiente:

*“Simples narradores, los cronistas de la presente generación debemos recopilar todas las noticias posibles que ilustren a los historiadores futuros para que puedan dar su fallo con acierto. Mucho habremos conseguido, si dando con el pie a las preocupaciones de partido, si comprendiendo bien el espíritu que dictó los pasquines y panegíricos del momento, logramos desentrañar la verdad y ponerla de manifiesto. Por este principio he economizado cuanto he podido los juicios generales acerca de los sucesos que narro, tanto más cuanto que nada le importa al lector lo que yo pienso de ellos. Los hechos hablan más alto que esas conclusiones muchas veces vagas e inexactas.”<sup>14</sup>*

Barros Arana no sólo siguió a Bello en llevar adelante el sistema narrativo, sino que fue el continuador del plan de Bello para la historiografía chilena. Como hemos visto, para Bello el sistema narrativo era conveniente, dada la situación de los archivos y dada la escasa documentación que se tenía a la mano; una vez superados estos inconvenientes, y una vez que se produjera una historia de Chile realmente basada en la investigación, sería posible avanzar hacia el sistema explicativo. Barros Arana comprendió este hecho a la perfección. Así, en su *Historia General de Chile*, plantea que *“la llamada historia filosófica es la última transformación del arte histórico”*<sup>15</sup> ratificando la postura que habría dado Bello cuatro décadas antes.

Situar el nacimiento de la historiografía chilena en el momento de la profesionalización de la disciplina, en 1840, supone de por sí una afirmación categórica. Se afirma que la historiografía sólo es posible desde el momento en que se rige por ciertos cánones (o reglas metodológicas) establecidos. Aceptar este hecho como el que determina la fundación de la historiografía chilena tiene razones más profundas que la simple aceptación de estas reglas. Por un lado, prospectivamente, la ciencia histórica estará profundamente vinculada al proyecto histórico del Estado-nación, por lo que no es posible comparar la literatura histórica previa a la Independencia con la tarea metodológica (¿ideológica?) llevada a cabo fundamentalmente después de 1840. Por otro lado, retrospectivamente, la ciencia histórica actual tiene sin duda sus raíces en los preceptos de Bello, por lo que aceptar que la historiografía se inicia a mediados del siglo XIX significa que ratificamos una determinada forma de entender nuestra disciplina. Si aceptamos que la

historiografía actual es una disciplina altamente compleja, que se requieren individuos especializados en diversos procedimientos metodológicos y abundantes conocimientos, es preciso aceptar, querámoslo o no, que nuestra disciplina tiene más cercanía con Gay y Barros Arana que con los cronistas del siglo XVII. El problema no es entonces aceptar este momento como comienzo. La cuestión está en ver de dónde proceden éstos cánones, preguntarse por qué debieran aceptarse. La respuesta en los orígenes de la ciencia histórica es muy clara: los historiadores deben sacar a la luz los hechos porque es la única forma en que la verdad (histórica) se pone de manifiesto. Por ello, en sus orígenes, la ciencia histórica se vinculó al positivismo.

### TRANSICIÓN A LA HISTORIA EXPLICATIVA.

El sistema narrativo en la historiografía mantendría su vigencia durante las tres primeras décadas del siglo XX con personalidades destacadas que seguirían firmemente los postulados de Bello. Podemos nombrar, entre otros, a Tomás Thayer Ojeda, Crescente Errázuriz, Domingo Amunátegui del Solar y Gonzalo Bulnes. Pero sin duda, quien más destacó por la magnitud de su obra y su portentosa erudición fue José Toribio Medina. Sin embargo, su obra se limitaría a la de bibliógrafo. La compulsión documental y el recuento bibliográfico dominaron su obra lo cual llevó a Medina a terminar cayendo en la *“erudición por la erudición”*<sup>16</sup>. La historiografía en Chile aún no ponía en duda la rigurosidad del método analítico, el cual conservaba gran prestigio entre los historiadores y atraía aún a un grupo de lectores cultos.

En la década de 1930 se intentó revertir esta situación. La cuestión fundamental se planteó en la necesidad de abandonar el sistema narrativo a favor del sistema explicativo. La historiografía debía dejar de narrar acontecimientos, dirigir su mirada no tanto hacia los hechos como a establecer relaciones entre ellos. Los documentos podían ser leídos de muchas formas y se podía extraer información valiosa para otros aspectos de la historia. Así, hacia 1930 se lanzaban las primeras críticas al sistema narrativo y al positivismo primitivo del siglo XIX.

La principal crítica en esta década la planteó Guillermo Feliú Cruz en su artículo “Barros Arana y el método analítico en la historia”:

*“Nuestros historiadores, al restablecer la verdad, hicieron crítica de fuentes documentales y desentrañaron, con benedictina paciencia, todos los papeles de la historia nacional, arrancándolos de las bibliotecas y a los archivos de todo el mundo. Escribieron sin tasa ni medida, y con un desconocimiento del objeto de la historia que se nos antoja monstruoso [...] Nos faltan las grandes síntesis. En el plano de la historia de Chile se percibe, mejor que en ningún otro, la ausencia de construcción orgánica y substantiva, sintética y esquemática, de lo que fuimos y ahora somos.”*<sup>17</sup>

Este será el primer paso en el distanciamiento de los historiadores profesionales de sus predecesores del siglo XIX.

Hacia 1950 comenzó el auge de diversas corrientes de investigación tales como la historia económica,<sup>18</sup> la historia marxista, la historia cultural, etc., cada una con sus respectivos arsenales teórico-metodológicos, lo cual hizo que la historiografía iniciara una nueva etapa. Eugenio Pereira Salas, advirtiendo las transformaciones acaecidas en esa época, destaca que *“la periodización se aparta de las líneas rectilíneas del desarrollo unitario, y aparecen los ciclos, las curvas, las coyunturas de periodos largos y cortos [...] Hay menos relato, menos acontecimientos y más estudios de la problemática y las estructuras.”*<sup>19</sup> Las fuentes se diversifican y son abordadas desde ángulos hasta entonces desconocidos.

De aquí en adelante la historiografía chilena empezó a abarcar un amplio espectro del pasado nacional. La investigación bajo la influencia de las nuevas escuelas historiográficas europeas, iba a trabajar con esquemas que iban desde el materialismo histórico hasta el estructuralismo. La ciencia histórica incorporó métodos de las distintas ciencias sociales; la antropología, la economía, la sociología, se convertían en ciencias auxiliares de la investigación histórica. Lentamente los historiadores chilenos comienzan a adherir a determinados conjuntos metodológicos, con lo que van revelando su afinidad con ciertas corrientes historiográficas. De modo que los historiadores van diversificando el campo sobre el cual trabajar, recurriendo a las herramientas necesarias para ello. Esta ampliación metodológica será el rasgo sobresaliente de la historiografía del siglo XX.

A pesar de este proceso de paulatina diferenciación, todas estas corrientes historiográficas – tal como ha señalado Georg Iggers sobre la historiografía mundial–, *“tenían en común la idea procedente del historicismo clásico según la cual la historia era una ciencia orientada hacia una realidad objetiva que procedía de un modo estrictamente metódico.”*<sup>20</sup> Los historiadores aún conservaban la tendencia a suponer que los métodos adecuados iban a proporcionar una visión congruente con la realidad. La reflexión, entonces, a lo largo del siglo XX iba a orientarse a establecer los mejores métodos para lograr una visión más fiel del pasado histórico.

El punto problemático en este decurso de la historiografía es el momento de la “mayoría de edad” de la disciplina. En las primeras aproximaciones al pasado histórico, los historiadores prefirieron la narración a la explicación, cosa que fue revertida por todos los historiadores del siglo XX. Lo que ocurre es que en esta comprensión de las ciencias históricas, el intento por superar el positivismo no será planteado en un real análisis de la profundidad del problema, sino que en la superación del esquema narrativo que imperó en la temprana historiografía chilena. Así toda la historiografía que se constituye por sobre este malentendido quedará inmersa en un enmascaramiento de las dimensiones reales del positivismo, obviando la reflexión futura sobre el mismo positivismo y llevando su superación a disposiciones metodológicas de la disciplina.

*“El positivismo, como método de trabajo –nos dice Villalobos–, ofrece una sólida base de conocimiento: pero estaríamos equivocados si sólo nos quedásemos en ese nivel [...] Hoy día, el historiador no se queda en los hechos, sino que busca su explicación y llega a la interpretación, que es donde realmente se comprende la historia.”*<sup>21</sup>

El problema es que se ha relacionado el positivismo al sistema narrativo de la temprana historiografía chilena; por ello, su superación estará dada por la superación de la mera narración de los hechos y su reemplazo por la interpretación de los mismos. Es sugerente ver que el profesor Villalobos en 1999 aún tiene la misma comprensión de la historia que enfatizaran Bello, Barros Arana y, en el siglo XX, Feliú Cruz. Ahora, el problema está en que no sólo han sido los historiadores mencionados quienes han insistido en plantear el problema epistemológico central de la historiografía chilena en la relación entre historia narrativa e historia interpretativa, sino que han sido la gran parte de los historiadores del siglo XX, desde Francisco Antonio Encina hasta Eugenio Pereira Salas, pasando por Julio César Jobet.<sup>22</sup>

Teniendo esto en consideración, es posible afirmar que la historiografía chilena no ha sido seriamente repensada desde sus inicios. La pretensión de abandonar la historia narrativa por la historia explicativa resultó más bien una continuación –al pie de la letra– de los dictámenes de Bello en la década de 1840. ¿Podemos, en este contexto, plantear seriamente una reflexión tendiente a superar el positivismo como paradigma del conocimiento (histórico)? Me parece que la respuesta es afirmativa, aunque no por el camino que han recorrido los historiadores hasta el momento.

¿Es posible superar el positivismo?

Se ha insistido en la reconstrucción de un debate extemporáneo reciclado hasta la saciedad. Centrar la reflexión sobre la historiografía en la dicotomía metodológica entre narración e interpretación conduce a serios problemas a la hora de intentar una reflexión epistemológica. Sugiero que el primer paso que debe darse en la superación del positivismo es superar la estrechez discursiva que supone la dicotomía narración / interpretación. Esto sólo lo conseguiremos ampliando el lenguaje con el que los historiadores hablan de su disciplina. El esquema que seguiré a continuación está orientado en este sentido y, forzosamente, tendrá que dar un rodeo por la filosofía para poder establecer algunos argumentos a favor de un camino distinto que aquel del cientificismo.

El principal problema que se enfrenta la historiografía – y las ciencias en general – con miras a la superación del positivismo es replantear el concepto mismo de conocimiento. Desde los inicios de la modernidad, se planteó el problema del ser humano y su forma de conocer el mundo a través de la contraposición establecida entre sujeto y objeto; sin embargo, no es sino hasta fines del siglo XVIII que la filosofía se aboca a la tarea de encontrar los fundamentos y los límites del conocimiento. Kant es quien inicia esta tradición que tendría vigencia hasta Hegel. El corto aliento de la relación entre filosofía y ciencia se debió a las expectativas que se impuso la misma filosofía. Hegel habría atribuido a la filosofía la legitimidad de la reflexión racional y, por ende, la posibilidad misma de las ciencias. Sin embargo, la “simple evidencia del progreso científico, independiente de la filosofía, debía haber desenmascarado como pura ficción una pretensión de esta naturaleza, inevitablemente equívoca.”<sup>23</sup> En el momento que las ciencias

toman el lugar del conocimiento –con la caída de la teoría del conocimiento– presenciamos el nacimiento del cientificismo. *“El conocimiento pasa a identificarse con el conocimiento científico.”*<sup>24</sup>

Entender el positivismo en estos términos supone replantear algunas nociones centrales. El positivismo no es lo que comúnmente se ha entendido como la referencia a los hechos y a la verdad. Esta tendencia que se ha asociado al sistema narrativo en la historiografía chilena debe ser entendida como una forma ingenua de positivismo. Alusiones como las de Barros Arana de *“desentrañar la verdad y ponerla de manifiesto”* son manifestaciones tan obvias de esta tendencia, que las críticas formuladas al positivismo, en este sentido, no pueden sino ser superficiales. Debemos, por ello, emprender otro camino. La transformación de la teoría del conocimiento –que consistía en la reflexión crítica sobre el conocimiento– en teoría de la ciencia, terminó por reducir el campo objetual de reflexión a los métodos. De forma que el cientificismo no se caracteriza por un lenguaje observacional ni por el apego a los hechos, sino que se caracteriza por la ausencia de reflexión epistemológica. El conocimiento deja de ser tematizado para que los métodos –mediante los cuales el científico se relaciona con la realidad– ocupen el lugar central de la reflexión. Aquí entramos en un segundo momento del cientificismo, un neopositivismo o un positivismo profundo.

Es claro que esta nueva forma de concebir las ciencias contiene el problema de que su detección es aún más difícil que aquel positivismo que manejaba un lenguaje cargado de *dichés* empiristas. Cuando la historiografía chilena lanza su crítica al sistema narrativo entramos a manejar las categorías de este segundo momento. La reflexión centrada en el método se convirtió en el principal eje temático de todos los historiadores del siglo XX; y, más aún, la única crítica que supieron lanzar al sistema positivista anterior fue en los mismos términos que aquél había determinado (narración–explicación). Si bien existe un cambio esencial cuando la historiografía chilena rompe con la tradición narrativa, no es un cambio en términos epistemológicos sino que en términos metodológicos. Pero el método no nos dice nada sobre el trasfondo epistemológico de una disciplina. Esta concepción ha sido una de las más problemáticas al hablar de positivismo en historiografía. La excesiva referencia a los métodos conduce a pensar que tal método es menos positivista que otro; por ejemplo, que los métodos cuantitativos son más positivistas que los cualitativos. El error reside en que partiendo del método no podemos deducir nada sobre la actitud epistemológica de tal o cual historiador. Lo único que cabe establecer es que tal historiador ha creído conveniente tal o cual método para trabajar la historia.

El positivismo supone una determinada forma que tienen los seres humanos de relacionarse con la realidad que es independiente de los métodos. En el caso de la historiografía, la tendencia ha sido marginar la reflexión epistemológica a favor de la reflexión metodológica lo que constituye su raíz positivista. La posibilidad de reflexión sobre el conocimiento es reducida a la reflexión sobre los métodos. De modo que, cuando la historiografía abandona la primera forma de positivismo relacionada con los hechos, se sumerge en una forma aún más profunda

relacionada con los métodos. En 1930, no hubo ruptura sino, más bien, una radicalización del positivismo.

Visto así el problema, es difícil encontrar una salida consistente al problema del positivismo. Lo primero que debe quedar establecido es que el positivismo antes que un método es una actitud epistemológica, por lo que cualquier posible superación debe venir de una reflexión orientada en este mismo sentido. La pregunta por los métodos debe ser reemplazada por la pregunta por la disciplina misma. La historiografía chilena hacia la década de 1980 abrió nuevos caminos al empezar a repensar seriamente las bases epistemológicas de su disciplina. Si bien esta generación nos mostró el camino a seguir, depende de nosotros seguir planteándonos esta pregunta. La única forma de superar el positivismo es no dejar de lado estas preguntas fundamentales, y si pueden ser pensadas en conjunto, mejor.

*Bibliografía.*

**Adorno, Theodor, et. al.**, La disputa del positivismo en la sociología alemana, Grijalbo, Barcelona, España, 1972.

**Arendt, Hannah.** De la historia a la acción, Paidós, Barcelona, España, 1995.

**Berenson Gorn, Boris.** Del positivismo a la historia cultural. Un balance finisecular de la teoría de la historia.

Rev. de Historia, N° 42, Costa Rica, Jul.-Dic. 2000.

**Correa Sutil, Sofía.** Historiografía chilena de fin de siglo. Revista Chilena de Humanidades, n° 21, Universidad de Chile.

Santiago de Chile, 2001.

**Cristi, Renato; Ruiz, Carlos.** El pensamiento conservador en Chile, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1992.

**Encina, Francisco A.** La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1935.

Breve bosquejo de la literatura histórica chilena. en: Atenea, ns° 291 y 292, Concepción, Chile, 1949.

**Eyzaguirre, Jaime.** Orientaciones de la ciencia histórica chilena en el siglo XIX, Revista de Indias, Madrid, España, 1947.

- Feliú Cruz, Guillermo.** Andrés Bello y la historiografía chilena. en: Revista Mapocho, Tomo IV, N° 3, Vol. 12, DIBAM. Santiago de Chile, 1965.  
Medina y la historiografía americana. Un ensayo sobre la aplicación del método. Atenea, n° 100, Concepción, Chile 1933.  
Barros Arana y el método analítico en la historia: un ensayo de interpretación Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1934.  
José Toribio Medina: historiador y bibliógrafo de América, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1952.  
Medina, radiografía de un espíritu: 1852-1930, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1952.
- Feyerabend, Paul.** Contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento, Ariel, Barcelona, España, 1981.
- Foucault, Michel.** El orden del discurso, Tusquets Editores, Barcelona, España, 1980.
- Habermas, Jürgen.** Conocimiento e interés, Taurus, Madrid, España, 1990.  
Teoría y praxis. Estudios de filosofía social, Tecnos, Madrid, 1990
- Iggers, Georg.** La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales, Idea Universitaria, Barcelona, España, 1998.
- Jobet, Julio César.** "Notas sobre la historiografía chilena" en Atenea, ns° 291-292, Concepción, 1949.  
"Notas sobre la historiografía chilena", Atenea, nos 291-292, Concepción, Chile, 1949.
- Kuhn, Thomas.** La estructura de las revoluciones científicas, Fondo de Cultura Económica, México, 1971.
- Lakatos, Imre.** Pruebas y refutaciones. La lógica del descubrimiento matemático, Editorial Alianza, Madrid, España, 1978.
- López, Olga.** Una polémica sobre los métodos históricos. Ensayo sobre la influencia de Bello y de Lastarria en la concepción de la historiografía nacional. Santiago de Chile, 1945.
- Moulian Emparza, Luis, Gabriel Salazar.** 6 asedios a la historia: la historia desde abajo, Instituto Factum, Santiago de Chile, 1999.
- Nietzsche, Friedrich.** "Segunda consideración intempestiva: De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos, para la vida (1874)"  
Consideraciones intempestivas, Aguilar, Buenos Aires, Argentina, 1949.
- Ortega, Luis.** "La historiografía económica de Chile. Reflexiones y balance", Dimensión histórica de Chile, ns° 4-5, UMCE., Santiago de Chile, 1987-88.
- Pereira Salas, Eugenio.** "La vocación del historiador" en Boletín de la Academia Chilena de la Historia, n° 69, Santiago de Chile, 1963.  
"Las tendencias actuales en la historiografía chilena", Revista Interamericana de Bibliografía, vol. 25, n° 2  
Washington DC., EE.UU., 1975.
- Ramírez, Pedro G. (comp.).** Obras Completas de Don Andrés Bello, Vol. 7, Santiago de Chile, 1893.
- Villalobos, Sergio.** "La historiografía económica en Chile. Sus comienzos", en Revista Historia n° 10, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 1971.  
"Otoño y primavera en la historia", El Mercurio, Artes y Letras, 22 de agosto de 1999. Publicado también en Cuadernos de Historia, n° 19, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1999.  
Historia del Pueblo Chileno, Zig-Zag, Santiago de Chile, 1986.

## NOTAS

<sup>1</sup> Lakatos, Imre, Pruebas y refutaciones. La lógica del descubrimiento matemático, Madrid, Editorial Alianza, 1978; Kuhn, Thomas, La estructura de las revoluciones científicas, México, Fondo de Cultura Económica, 1971; Feyerabend, Paul, Contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento, Barcelona, Ariel, 1981. En el mismo sentido y contra el positivismo en la filosofía, ver Habermas, Jürgen, Conocimiento e interés, Madrid, Taurus, 1990.

<sup>2</sup> “Gay debe ser considerado como el iniciador de los estudios históricos modernos en el país, por el esfuerzo de investigación que realizó y la aplicación de un criterio crítico de las fuentes utilizadas.” Villalobos, Sergio, “La historiografía económica en Chile. Sus comienzos”, en *Historia*, n° 10, 1971, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, p. 7.

<sup>3</sup> Citado en Feliú Cruz, Guillermo, “Andrés Bello y la historiografía chilena” en Mapocho, Tomo IV, N° 3, Vol. 12, 1965, DIBAM, Santiago, p. 235.

<sup>4</sup> Publicada entre 1844 y 1871, en diez volúmenes, que abarcan la historia de Chile hasta 1830.

<sup>5</sup> Citado en Feliú Cruz, *Ibíd.*, p. 238.

<sup>6</sup> *Idem.*

<sup>7</sup> Bello, Andrés, “Comentario a la Historia Física y Política de Claudio Gay” en Ramírez, Pedro G. (comp.),

Obras Completas de Don Andrés Bello, Vol. 7, Santiago, 1893, p. 61.

<sup>8</sup> Para una revisión detallada de esta discusión ver López, Olga, Una polémica sobre los métodos históricos. Ensayo sobre la influencia de Bello y de Lastarria en la concepción de la historiografía nacional, Santiago, 1945.

<sup>9</sup> Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile (1844) y Bosquejo histórico de la constitución del gobierno de Chile durante el periodo de la revolución desde 1810 hasta 1814 (1847). Ambas comentadas por Andrés Bello en P. Ramírez, *Ibíd.*, Pp. 71-88 y pp. 99-105, respectivamente.

<sup>10</sup> Feliú Cruz., *Ibíd.*, Pp. 249-250.

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 251.

<sup>12</sup> Bello, Andrés, “Modo de estudiar la historia” en Ramírez, *Ibíd.*, Pp. 119-120.

<sup>13</sup> Encina, Francisco Antonio, “Breve bosquejo de la literatura histórica chilena” en *Atenea*, n° 291-292, 1949, Concepción, p. 37.

<sup>14</sup> Citado por Feliú Cruz, Barros Arana y el método analítico en la historia: un ensayo de interpretación, Santiago, Editorial Nascimento, 1934, pp. 27-28.

<sup>15</sup> “No puede existir sino a condición de que la historia haya pasado por las otras fases, de que haya llevado a cabo un estudio atento y minucioso de los documentos y de los hechos, y de que haya establecido definitivamente, la verdad despojándola de fábulas e invenciones, y echando así los cimientos sobre los cuales debe construirse la historia verdaderamente filosófica.” *Ibíd.*, p. 34-36.

<sup>16</sup> Villalobos, Sergio, *Historia del Pueblo Chileno*, Santiago, Zig-Zag, 1986, p. 26. Sobre Medina también véase, Feliú Cruz, Guillermo, “Medina y la historiografía americana. Un ensayo sobre la aplicación del método”, *Atenea*, n° 100, 1933, Concepción; *Idem.*, Medina, radiografía de un espíritu: 1852-1930, Santiago, Editorial Nascimento, 1952; *Idem.*, José Toribio Medina: historiador y bibliógrafo de América, Santiago, Editorial Nascimento, 1952.

<sup>17</sup> Feliú Cruz, Guillermo, Barros Arana y el método analítico en la historia: un ensayo de interpretación, Santiago, Editorial Nascimento, 1934, p. 14.

<sup>18</sup> Ortega, Luis, “La historiografía económica de Chile. Reflexiones y balance”, *Dimensión histórica de Chile*, n° 4-5, 1987-88, UMCE, Santiago; Villalobos, Sergio, “La historiografía económica en Chile. Sus comienzos”, en *Historia*, n° 10, 1971, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago.

<sup>19</sup> Pereira Salas, Eugenio, “Las tendencias actuales en la historiografía chilena”, *Revista Interamericana de Bibliografía*, vol. 25, n° 2, 1975, Washington DC., p. 126.

<sup>20</sup> Iggers, Georg, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, Idea Universitaria, 1998, p. 37.

<sup>21</sup> Villalobos, Sergio, “Otoño y primavera en la historia”, *El Mercurio, Artes y Letras*, 22 de agosto de 1999. Publicado además en *Cuadernos de Historia*, n° 19, 1999, Universidad de Chile, p. 290.

<sup>22</sup> Este análisis es común a todas las “escuelas” historiográficas chilenas, desde los marxistas hasta los conservadores. Ver Encina, Francisco A., *La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia*, Santiago, Editorial Nascimento, 1935; Pereira Salas, Eugenio, “La vocación del historiador” en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, n° 69, 1963, Santiago; Jobet, Julio César, “Notas sobre la historiografía chilena” en *Atenea*, n° 291-292, 1949, Concepción.

<sup>23</sup> Habermas, *Conocimiento e interés*, *Ibíd.*, p. 32.

<sup>24</sup> *Idem.*, p. 87.